El imaginario social del asedio en la historia cultural estadounidense¹

Siege social imaginary in US cultural history

Samuel Neftalí Fernández Pichel

Centro Universitario Internacional, Universidad Pablo de Olavide (Sevilla)
snferpic@upo.es

Resumen

Uno de los aportes más significativos para la codificación simbólica de la identidad estadounidense deriva de lo que denominamos “imaginario social del asedio”. Con este término, aludimos a un conjunto de representaciones que, desde los inicios de la colonización norteamericana, conforman y legitiman una idea de identidad nacional para los nacientes Estados Unidos. El carácter problemático de estas representaciones reside en diferentes estrategias de victimización y de exposición continua a amenazas tanto internas como externas. El presente artículo se detiene en trazar los orígenes y la evolución histórica de este imaginario social en diferentes estadios de la historia estadounidense.

Palabras claves: Estados Unidos de América, historia cultural, identidad nacional, imaginario social, trauma cultural

Abstract

A significant contribution to the symbolic codification of US national identity derives from what we have termed ‘siege social imaginary’. By this, we refer to a whole set of representations which, from the early stages of colonization in North-America, came to shape and legitimize a sense of national identity for the soon-to-be United States. The very peculiar features of these representations problematically rely on strategies of self-victimization and over-exposition to internal and external menaces. The present paper focuses on the origins and historical recordings of this particular social imaginary in relation to the specificities of US history at different stages.

Key words: cultural history, cultural trauma, national identity, social imaginary, United States of America

¹ El presente artículo adapta y extiende parte de los contenidos de mi tesina de doctorado: “Imaginarios del asedio en el cine comercial norteamericano del período Bush (2001-2009)”, presentada en julio de 2010.

Notas introductorias

La formación de toda comunidad -alcance esta entidad de estado-nación o bien se reduzca a variantes sub-nacionales o locales más concretas, es el resultado de un proceso de síntesis histórica en el que participan con un protagonismo ineludible los mecanismos de construcción simbólica inherentes al estatuto antropológico de la especie humana. Desde esta perspectiva, la definición y cohesión de cualquier agrupamiento más allá de la esfera de lo individual depende, en gran medida, de la consolidación de un andamiaje simbólico mediante el cual las identidades particulares se encuentren y reconozcan en un proyecto colectivo. Esta función, a la par creativa y legitimadora², corresponde al imaginario social, matriz de representaciones colectivas surgidas a partir de la intimación con la realidad que, a la vez, dotan a esta de una “necesaria estructura de sentido” (Carretero Pasín, 2001: 157). Benedict Anderson (1993) vincula la dinámica del imaginario social con la elaboración de identidades nacionales haciendo uso del término “comunidad imaginada”. Tal formulación se emplaza en un debate teórico que recoge, entre otras, las aportaciones de Durkheim sobre el valor de las representaciones colectivas, o la clásica tesis marxista sobre la ideología. La inclusión de la potencialidad de lo imaginario compromete, de partida, cualquier concepción sobre la existencia de un orden “natural” desprovisto de las particularidades del catálogo de expectativas, necesidades y emociones genuinamente humanas. Es mediante un proceso de retroalimentación constante que este compendio de necesidades y expresiones vitales, plasmadas en codificaciones simbólicas de amplia difusión, acaban configurando un relato que es a la vez discurso legitimador, crónica histórica y depósito de mitos.

Frente el tradicional descrédito empírico de la imaginación (Carretero Pasín, 2001: 123-134; Selva y Solá, 2004: 129-148), es necesario reivindicar un acercamiento al imaginario social como objeto de estudio que explicita su “facultad o dimensión práctica” (Carretero Pasín, 2001: 157); una estrategia de reflexión que la desvincule del ámbito (idealista) de la pura representación y la considere a la luz de su “eficacia social”. Se puede afirmar, por tanto, que las comunidades, en su condición de productos imaginarios, “[...] no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas” (Anderson, 1993: 24).

El imaginario que concierne a la presente investigación se encuadra en el ámbito de la historia cultural de Estados Unidos. Una de los registros más pertinaces de la construcción metafórica de la nación estadounidense se genera desde el que damos en llamar imaginario social del asedio. En él se concentran motivos y figuraciones extraídos de la historia cultural del Nuevo Mundo tal y como fue vivido e interpretado por una comunidad humana que confrontó una tradición (la herencia

² O, en la terminología de Berger y Luckmann (1993: 122), “cognoscitiva y normativa” de cara a la legitimación del orden social.

intelectual y religiosa del Viejo Mundo), y un mito previos a la llegada (la conversión de un proceso de exilio en una misión trascendente) con una respuesta problemática, mezcla de temor, inseguridad y violencia, enraizada y extendida a lo largo de la historia norteamericana en forma de un conflicto de identidad aún irresoluto.

La construcción imaginaria del continente americano está, desde un principio, imbuida por las esperanzas y perspectivas previas a su propio “descubrimiento” por parte de las naciones europeas. América es, para la imaginación mítica de la cultura occidental, primero el espacio edénico por descubrir en las tierras orientales que anima la empresa de la navegación de ultramar en la Baja Edad Media; y más tarde, en mitad de la fiebre renacentista, un espacio utópico, de comunión entre naturaleza y civilización (Crasnow y Haffenden, 1995: 32-33). En consecuencia, América se erige en un continente de símbolos “recontrados”, estableciéndose un diálogo entre productos del imaginario y factores vivenciales de la experiencia. Los modelos de colonización contrastados que operan en ambos hemisferios del territorio nos legan un espacio norteamericano donde la comunidad exiliada de protestantes ingleses habrá de jugar el rol principal no sólo en la creación de las primeras colonias de Nueva Inglaterra, sino como colectivo responsable de la codificación y regulación de la primera experiencia americana a cargo de una población no nativa. El modelo colonizador protestante se basó en el asentamiento y explotación de las nuevas tierras como trasunto de “una búsqueda psicológica y espiritual” más profunda en la que el espacio físico sólo constituye la cara externa de un conflicto de mayor hondura, relacionado con las ansias de salvación del alma humana sujeto de la experiencia religiosa (Slotkin, 1973: 39). Para la consecución de tan alto fin, fue necesario imaginar una *America Deserta* (Engelhardt, 1997: 40; Slotkin, 1973: 39), un territorio virgen donde vaciar la intensa carga de idealismo que se constituiría en una de las principales señas de identidad de la futura nación estadounidense (Bradbury y Temperley, 1995: 2). La comunidad exiliada inviste su causa de un aire ultramundano; así sucesivos sermones (como los de John Cotton en 1630 o Samuel Danforth en 1670)³ construyen la imagen de los protestantes como el nuevo pueblo elegido en su “travesía por el desierto” en tierras americanas. Pero el reconocimiento de una trascendencia implícita al propósito y el momento históricos, no fue suficiente para librar a los nuevos israelitas de una implacable sensación de desplazamiento que es, a la vez, doctrinal y sobre todo geográfica (Crasnow y Haffenden, 1995: 36-37).

Las crudeza de las tempranas confrontaciones con la población indígena (el Otro de este relato en su preámbulo), y la evidente competencia con las restantes naciones coloniales añadieron, desde los inicios, una mayor dificultad a la consolidación de una identidad propia en el nuevo contexto vital en América. Si, como señalan Slotkin (1973) y Engelhardt (1997), el recurso a la violencia se convierte en la auténtica y primigenia experiencia americana para la comunidad protestante, este hecho es sujeto a una construcción imaginaria que incide en la victimización de la

³ Crasnow y Haffenden, 1995: 41-42.

comunidad como eufemismo para incorporar y legitimar la respuesta violenta. La contracrónica de esta estrategia de legitimación simbólica enraíza con un sentimiento de “deshonra original” (Faludi, 2009: 247-267), que apunta directamente a una actitud y a un sentir de la América Puritana de los orígenes y a los inevitables rastros de la misma, a través de insistentes re-codificaciones simbólicas, en la historia cultural de Estados Unidos hasta nuestros días.

1. Fundamentos identitarios de la América puritana

El proyecto de los protestantes en el Nuevo Mundo estuvo sustentado desde un primer momento en un modelo de asentamiento permanente. De ello se deriva que una comunidad de colonos que se autoexcluye de la deriva histórica de su nación de origen se acoja con tan marcado celo a la construcción imaginaria de su inmediato destino. Este colectivo había de disponer, igualmente, de un compendio de objetos, imágenes y motivaciones que sirvieran para cohesionar a los individuos y justificar su causa. De este modo, la totalidad de la mitología puritana sobre el Nuevo Mundo nace de un principio ineludible, el de la sumisión bajo el peso de la culpa a la Providencia Divina y la creencia en un destino ya escrito, todo ello bajo los dictados de una mentalidad proclive al ascetismo como modo de experiencia de lo religioso (Weber, 1998). Las sucesivas concreciones del imaginario trascendente de la teocracia protestante en Norteamérica se encaminan a definir unos criterios de identidad que dibujan a la comunidad puritana con los ropajes del peregrino en misión espiritual. Un éxodo que demanda la creación de la Nueva Israel, portadora de la marca del pueblo elegido pero también de su culpa y desarraigo legendarios; o que gusta de retratar a su pueblo como la Ciudad sobre la Colina (Atwood, 1972: 32; Marco, 2007: 96⁴), la Nueva Sión.

Los factores históricos y sociales imperantes en tiempos de la colonización sirvieron de caldo de cultivo para la instauración del sistema teocrático. Lo atestigua el amplio margen de maniobra del que dispusieron los súbditos ingleses de las trece colonias originales respecto de la metrópoli. El resultado fue la proliferación de asentamientos alimentados por idénticos modelos reguladores de la vida diaria. Entre sus características, destacaba la existencia de un modelo social desprovisto de elitismos o cualquier distinción de clase. Nacidas en principio como comunidades agrícolas que inspirarían el mito pastoral de América, la posesión de la tierra se constituía en criterio único para la concesión de la ciudadanía. La atomización de esta dinámica colonizadora legó a los asentamientos de Nueva Inglaterra (Connecticut, Massachusetts, New Hampshire y Rhode Island) el liderazgo a la hora de conformar las

⁴ Marco alude a la recuperación de esta figuración mítica por parte del presidente Ronald Reagan durante la década de los 80. Tanto la formulación originaria a cargo del pastor John Winthrop en el siglo XVII como su revitalización en el siglo XX apuntan a la asignación de un propósito y una misión trascendentes y ejemplificadoras para la nación norteamericana con respecto al resto del escenario mundial.

particularidades de la nueva identidad comunitaria, con Boston erigida en su primera plasmación urbana de especial significancia. El sesgo reflexivo, académico y europeizante de la comunidad puritana se refleja en la prontitud con que es fundada la primera de las universidades norteamericanas, Harvard en 1636. Instituciones como esta, “imaginarios sociales instituidos” según la terminología de Castoriadis (1999)⁵, manifiestan la inclinación hacia la construcción de América como discurso (Bradbury y Temperley, 1995: 27). La fuente de las figuraciones y la proyección social de ellas extraídas está fundamentada en estas fechas tempranas en un criterio de cohesión social alrededor del culto y del espacio físico y humano de la congregación de fieles.

Los factores ya apuntados se encaminan hacia la cuestión primordial de la “comunidad imaginada” de exiliados puritanos, la relativo a su identidad. La especulación sobre la propia identidad condujo a un estado de doble ansiedad, psicológica y formal (Atwood, 1972: 33; Bradbury y Temperley, 1995: 8-9), hecho cultural por antonomasia de la historia de Estados Unidos. La primera de estas ansiedades opera como incapacidad para conciliar en el espacio mental del individuo una imagen integrada, un motivo rector sobre lo qué se es, de dónde se viene y cuál es el destino al que se aspira. Los preceptos y regulaciones que la estricta teocracia protestante impuso sobre la comunidad de colonos no pudieron impedir que la duda brotara en el ámbito íntimo de la conciencia individual. En una agrupación humana que cierra filas sobre sí misma, la dualidad comunidad-individuo es sometida a una especial tensión que redundó en la creación de lo que Northrop Frye denominó la “mentalidad de la guarnición” (“garrison mentality”⁶):

Small and isolated communities surrounded with a physical or psychological ‘frontier,’ separated from one another and from their American and British cultural sources: communities that provide all that their members have in the way of distinctively human values, and that are compelled to feel a great respect for the law and order that holds them together, yet confronted with a huge, unthinking, menacing, and formidable physical setting—such communities are bound to develop what we may provisionally call a garrison mentality . (1971: 225-226).

La “garrison mentality” establece, en primer lugar, unos severos criterios de acceso a la comunidad, cuya cohesión se construye a partir de la regulación extrema de las circunstancias de la vida diaria. La América puritana desarrolla su dinámica de sociabilidad siguiendo los requerimientos de un pacto que, entre otras cosas, establece unos perfiles exactos de pertenencia y otredad. Alrededor de una sociedad cimentada sobre tal acuerdo existe, al mismo tiempo, la conciencia nítida de unos límites, las marcas físicas o psicológicas de una línea divisoria tras la cual cualquier forma de

⁵ “Tanto las significaciones imaginarias sociales como las instituciones, una vez creadas, se cristalizan o se solidifican, y a esto lo llamo lo imaginario social instituido. Imaginario que asegura la continuidad de la sociedad, la reproducción y la repetición de las mismas formas, que en lo sucesivo regulan la vida de los hombres y que permanecen hasta que un cambio histórico lento o una nueva creación masiva viene a modificarlos o a reemplazarlos radicalmente por otras.” (Castoriadis, 1999: 95).

⁶ Nos decantamos por la nomenclatura en lengua inglesa para evitar polisemias improductivas en español.

existencia, sea humana o emanada del entorno natural, sólo puede concebirse en términos de amenaza para el grupo. El aliento de la causa puritana y su acercamiento al modelo de Frye se nutre de la evidencia de una conciencia sesgada arrojada a la aventura en territorio extraño. El mecanismo de control ante la turbadora presencia de la anomia en el interior del flujo creativo de la nueva sociedad se expresó en el celo puesto en el rito de la conversión a la doctrina religiosa, y en el doble posicionamiento del individuo como sujeto de la experiencia a la par que vigilante de las conductas propias y ajenas en connivencia con unas normas para la vida que no están abiertas a la interpretación crítica. En palabras de Frye (1971: 226): “A garrison is a closely knit and beleaguered society, and its moral and social values are unquestionable. In a perilous enterprise one does not discuss causes or motives: one is either a fighter or a deserter [...]”. Es así como la “garrison mentality” ocupa en la historia cultural de Estados Unidos una posición sobresaliente como eufemismo simbólico ante el dilema de la identidad, configurando un discurso homogéneo y compensatorio de los elementos irreconciliables que la componen.

Cuando Atwood (1972: 31) alude a la inexistencia del motivo rector en la cultura canadiense frente a la aportación positiva del mito de la Frontera para la estadounidense, podríamos contraponer otras interpretaciones críticas (Fernández-Santos, 2007; Huici, 2004, 2007) que consideran que la ansiedad es la zona oscura del irrefrenable proyecto de construcción nacional y de futuro que fue la Frontera. La mítica conquista del Oeste resulta, en definitiva, en la propagación de una misma ansiedad concretada en procesos colonizadores deudores de los experimentados con anterioridad en los territorios de Nueva Inglaterra, sin importar que algunas de sus materializaciones viren hacia nuevos parámetros de sentido (sobredimensionamiento paroxístico de la idea de la propiedad y de los fundamentos para su defensa, por citar sólo uno), delimitando un cartografía extendida para una misma mentalidad en conflicto (“multiplicando las guaniciones”, como expresaría Frye, 1971: 226).

La ansiedad formal entronca con las soluciones expresivas y las preferencias temáticas de las primeras literatura en lengua inglesa producida en el Nuevo Mundo. Una sociedad cuyas junturas han sido vigorosamente selladas muestra una especial inclinación hacia la retórica y el panfleto (Frye, 1971: 231; Slotkin, 1973: 65-69). Al no entender la creación literaria en sus interpretaciones de construcción artística per se o vehículo para la expresión dramático-teatral, los puritanos se decantaron por una estimación más funcional y restringida de la misma. Parte de este carácter “funcional” dependía del uso ejemplificador, tanto como de la búsqueda de una cierta respuesta en sus receptores. La funcionalidad, estrechamente vinculada con el afán propagandístico, no descarta el recurso a los mecanismos intrínsecos de la elaboración literaria, y de ella deriva la codificación del escenario del Nuevo Mundo en formato de alegorías que sirven para consolidar la cosmovisión puritana. Así, el colono, se representa bajo el simbolismo del misionero que lleva la luz a las criaturas de la oscuridad, que las combate como el guerrero, o que es presa de su cautiverio, pero que nunca se figura en una situación de maridaje con las mismas (Slotkin, 1973: 66). La

alegoría es, entonces, la extensión de un discurso de naturaleza dogmática canalizado ahora a través del simbolismo literario.

De entre las primeras elaboraciones literarias norteamericanas, destacan sobremanera las narrativas de cautiverios (Slotkin, 1973: 94-145; Engelhardt, 1997: 42-44; Faludi, 2009: 247-321), en palabras de Slotkin, “the first coherent myth-literature developed in America for American audiences” (1973: 95). En estas, la experiencia de un individuo en cautividad, mujer en la mayoría de los casos, siendo su primera y más exitosa manifestación la de Mary Rowlandson de 1682, desglosa en forma de drama arquetípico (Slotkin, 1973: 94) el dilema de la existencia puritana en América. El paisaje del continente queda reducido a un mero marco abstracto, más un espacio mental que una realidad física reconocible, y sobre el mismo se impresionan los enigmas y angustias de la “comunidad (imaginada) de santos”. La abstracción del entorno material va acompañada del recurso a la trascendencia, momento en el cual el gran Otro, el indio responsable del secuestro y cautiverio del representante de la comunidad blanca, queda desprovisto de una especificidad y unos rasgos humanizadores distintivos para devenir vehículo de la voluntad divina. La propuesta de la narrativa de cautiverio reduce la interpretación del conflicto de identidad a una estrategia de victimización. La comunidad en su conjunto queda subsumida bajo el ropaje simbólico de la *Juda capta*⁷, la *Judea cautiva*, sujeto sufriente, inmerso, como apunta Slotkin (1973: 94), en una doble disputa: la que alude metafóricamente a la unión del alma con el cuerpo carnal, y la que alegoriza la separación y exilio del pueblo elegido en América. Sólo de esta forma, presentando a la comunidad como receptora involuntario de la experiencia de la que es igualmente su víctima principal, puede garantizarse la redención final, la instancia de la conversión y el exorcismo. El cierre figurado del conflicto mediante la conversión lega la imagen de una comunidad reticente a la nueva experiencia, hasta cierto punto agredida por los condicionantes de la nueva vida, y la libra de la insidiosa amenaza que para la misma derivaría de la aceptación voluntaria de un libre y desprejuiciado acercamiento a la realidad material del Nuevo Mundo. La sociedad puritana establece, por tanto, mecanismos de regulación interna también en esta particular expresión literaria. El legado de la narrativa de cautiverios para la tradición cultural y artística norteamericana, aquella más alejada de las visiones del idealismo utópico o rural en la línea del mito de la Nueva Canaan de Thomas Morton (1637)⁸, se manifestará, entre otras formas, como hilo conductor de historias apocalípticas y distopias varias.

⁷ Faludi (2009: 271) alude a la génesis y uso repetido de este mito “femineizado” de la comunidad cautiva en los sermones del pastor Cotton Mather bajo una terminología bíblica recurrente: “Hija de Sión”, “sierva de Babilonia”, etc.

⁸ En contraste con este retrato de sublimación elegíaca de un edén revisitado, así sintetiza Slotkin la transformación figurada del entorno americano, su “puesta en escena”, en el seno de las narrativas de cautiverio (1973: 99): “[...] the ‘garden’ of the captivity is a small cultivated plot protected from the encroaching wilderness by a stiff ‘hedge’ of religious dogma and rigorous government”.

Las historias de cautiverios, en suma, despliegan su contenido alegórico de acuerdo a lo que Slotkin denomina una retórica “sensacionalista” (Slotkin, 1973: 103) destinada a epatar en el destinatario o lector hasta conducirlo a una catarsis de naturaleza religiosa. Se trata, por este mismo motivo, de una narrativa dirigida menos al intelecto que al centro mismo de las emociones humanas, objetivo predilecto para el impacto enérgico y la difusión duradera de toda una serie de ideas sobre la vida y sus determinaciones coyunturales. Tal es la teleología incrustada en la razón de ser del relato mítico en cualquiera de sus manifestaciones culturales, del que las historias de cautiverio se convierten en temprana versión norteamericana.

¿Por qué, como plantea Engelhardt, sólo el cautiverio de la América puritana quedó fijado y legitimado en forma de mitología nacional, fantasía del imaginario del asedio, cuando la narrativa del cautiverio “podría[n] haber suministrado un marco general a la historia de todos los pueblos del continente norteamericano” (1997: 43)? La respuesta del propio analista cultural se encamina en la dirección de la inevitable apropiación del relato de la historia por parte del vencedor. Varios de los elementos ya estudiados se conjuran para no permitir lo contrario: el apego decidido de la cultura puritana por el texto y la rápida conversión de la experiencia del nuevo mundo en materia discursiva (diarios de misioneros, sermones y panfletos, narrativas de cautiverios, etc.); las mismas marcas que en ese pasado que la comunidad pretende ignorar demuestran la existencia de unas soluciones “nacionales” o culturalmente codificadas que establecen un precedente para el modelo de colonización⁹; la idoneidad de la metáfora de la comunidad cautiva para sintetizar un pensamiento y un sentir para el colectivo puritano; y la salida “honrosa” que la estrategia de la victimización sirve ante la necesidad de justificar las agresiones causadas por el propio individuo y/o comunidad. Porque, tal y como expresa Slotkin (1973: 99), la metáfora del cautiverio nos remite a un “vuelco introspectivo” de la mentalidad puritana, que oscila dramáticamente de un idealismo emprendedor a una conciencia dolorosa y reflexiva sobre la misión en el exilio. Y es así porque, a una mentalidad religiosa proclive a la creación de infiernos interiores, se unió la conflagración bélica contra los pueblos indígenas y los temores de ella derivados para conducir la observación sobre las condiciones de vida y la identidad hacia el terreno del trauma cultural.

Si, como afirma Piotr Sztompka, “el acontecimiento traumático es siempre una construcción cultural” (2000: 457), entonces la casuística del trauma puritano en el origen de la nación estadounidense se ajusta de forma precisa al proceso evolutivo de la “secuencia traumática” relativa al hecho (y al cambio) social para la que el propio autor (Sztompka, 2000: 452-453) identifica y define seis estadios de desarrollo, desde los condicionantes del contexto medioambiental y cultural a una última fase de

⁹ Así, la Empalizada, o English “Pale” que, desde mitad del s. XV y hasta el s. XVII, aisló tras una zanja fortificada defendida por guarniciones militares a los territorios irlandeses fieles a la corona inglesa del resto de la isla, la proliferación de los llamados “garrison governments” como instancias administrativas del proceso colonial en Norteamérica, o las dinámicas coloniales más tardías durante la expansión imperialista británica en el s. XIX.

superación del trauma. Es en este último estadio donde cabe detenerse para sopesar con mesura si ha existido en el caso de la cultura estadounidense una solución para el trauma “original”. De lo ya apuntado, y en línea con tesis como la de Faludi (2009: 267), puede afirmarse que tal superación no se ha producido aún¹⁰: la persistencia del imaginario del asedio ha de interpretarse como síntoma de las inconsistencias de la historia de una nación joven para la que los discursos de la demonización (del Otro) y la victimización (de la comunidad) cimentan aún cualquier formulación sobre la identidad nacional.

Pero, si el trauma no quedó superado, ¿cuáles fueron sus estrategias compensatorias, aquellas que permitieron la continuación y expansión del modelo colonizador y la fundación de una nueva nación americana? Del interior del imaginario del asedio brotaron entonces nuevas figuraciones, coherentes con sus pilares de sentido, expresión de un proceso de movilización, de creación de una “industria del sentido” (Sztompka, 2000: 455) por el cual la respuesta violenta gana estatuto de legitimidad y la doctrina del Destino Manifiesto justifica la apertura al exterior como el firme propósito de erradicación de la amenaza. Si la mitología puritana exigía una América Deserta que no llegó a encontrar, sería la responsabilidad del pueblo elegido buscar los medios para su consecución, y con ello nace lo que Engelhardt (1997: 19-90) denomina el “relato bélico”. En palabras del autor (Engelhardt, 1997: 44): “Esta adopción del salvajismo como extraña forma de placer en medio de una inconmensurable sensación de terror fue un aspecto intrínseco a la experiencia americana”. Con ello aparecen las tendencias regresivas y anticivilizadoras escondidas en el lado oscuro de la mentalidad expansiva del mito de la Frontera.

2. Relato bélico y mito de la Frontera

La superación del estado de ensimismamiento traumático se torna en el frenesí del empuje hacia los territorios del Oeste. Dicho desplazamiento obedece a un mecanismo de “válvula de seguridad” para el creciente industrialismo del Este (Nash Smith, 1976; Fernández-Santos, 2007; Huici, 2007). El pistoletazo de salida para el mismo se fundamenta en la asunción de la violencia como vía de escape a la psicología del asedio. En la preferencia por la aplicación de la “compensación violenta” en lugar de la sumisión pasiva o la reconciliación (Slotkin, 1973: 144-145), se empiezan a establecer unas marcas culturales que señalan en la dirección de los conceptos del excepcionalismo, el unilateralismo y la doctrina, de resonancias bíblicas, del blowback, el “ojo por ojo”, erigidos en principios de acción cultural. Ante la presencia acuciante del conflicto, la oportunidad de regeneración de los colonos europeos se convierte, en la tesis clásica de Slotkin, en regeneración por la violencia, que toma la excusa de la

¹⁰ “Intrigada por la persistencia de estos recuerdos en el psiquismo nacional, Namias se preguntaba si no estaremos ante un caso de en que, como se dice en *Decoding the past* de Peter Loewenberg, profesor de historia y de psicología política, el <<trauma social>>, obsesiona al país como el trauma infantil tortura al adulto”. (Faludi, 2009: 264).

comunidad agredida y victimizada para re-construir un modelo social y de salvación individual.

Con el fin de facilitar las indicaciones de la violencia regenerativa, un ejercicio de exorcismo en pleno derecho, la construcción simbólica del Otro del relato bélico ha de ser sometida a cambios significativos. En esta transición, desaparece el inicial halo trascendente aportado al indio como encarnación humana de las fuerzas y desafíos a los que la divina Providencia somete el alma del converso. Su lugar es ocupado por una caracterización que resalta sus rasgos más brutales e inhumanos, aquellos que lo deshumanizan y lo asemejan, más bien, a bestias y demonios (Faludi, 2009: 285). El mito del cazador en la literatura puritana justifica el uso de la expresión violenta como contestación al proceso de aculturación, que incluye factores tales como la explotación de los recursos naturales, las dinámicas de asignación de roles en el entorno doméstico de la comunidad, la relación con las tribus indígenas y la conformación de una psicología “en acción” para el colono del Nuevo Mundo. Como parte de este proceso, la demonización del otro sirve un propósito de vital importancia para la cohesión social, pues en este se materializan todas las desviaciones y tensiones inherentes a la comunidad. En el camino, la nueva nación se instituye imaginariamente a partir de unas fundamentaciones para el proyecto colectivo derivadas de hitos históricos: la guerra de la independencia (1775-1783), la proclamación de una constitución (1787) para los recién creados Estados Unidos de América, y la guerra civil menos de un siglo más tarde (1861-1865). Estos mismos acontecimientos sirven para fortalecer la “lógica” del imaginario del asedio. En un ejemplo paradigmático, el acto de reconciliación que siguió a la reconstrucción del Sur tras la guerra incluyó el reconocimiento sobre la humanidad, valor y gallardía del adversario; un reconocimiento del que quedó excluida la comunidad negra, optándose por la cuidadosa esterilización del asedio de blancos por blancos inasimilable al relato bélico y prefiriéndose la glorificación de la épica del combate (Engelhardt, 1997: 48-50).

A la constitución de la nación y su texto fundacional, y salpicado por la contienda civil, le sigue un siglo hasta el cierre definitivo de la Frontera interna a finales del XIX (1890). En paralelo, el propio siglo XIX estadounidense presencia la rápida consolidación del modelo industrial capitalista (Slotkin, 1998; L. Marx, 2000), lo cual añade un factor aún mayor de contradicción a la identidad norteamericana. Como apunta L. Marx:

"Within the lifetime of a single generation, a rustic and in large part wild landscape was transformed into the site of the world's most productive industrial machine. It would be difficult to imagine more profound contradictions of value or meaning than those made manifest by this circumstance" (2000: 343).

Una de las consecuencias de este proceso de industrialización salvaje es el fortalecimiento del nexo entre la lógica capitalista y la identidad nacional, lo cual queda reflejado en los relatos y discursos que construyen la nación. Una vez más, el abrazo decidido de una tendencia (económica en este caso) busca proporcionar una

solución a las contradicciones. El imaginario del asedio sintetiza esta evidencia incorporando un orden económico-material que se concibe como propio. La extensión definitiva de este modelo cristaliza en la focalización de la unidad familiar burguesa norteamericana, la clase media, como centro del asedio.

Librada la comunidad de un estadio de aceptación inmovilista de todo lo que se registró como amenaza, y tomado el camino de la acción enérgica y purificadora contenida en un mensaje con visos de profecía, el paso previo hacia la “multiplicación de las guarniciones” ya ha sido tomado. Legitimado por el alcance del relato y su colocación en la historia fundacional del país, el imaginario del asedio se convierte así en una suerte de narrativa maestra, un arquetipo cultural¹¹ (Slotkin, 1973: 9-10) bajo cuyos mecanismos de transformación pueden interpretarse sucesivos episodios de la historia norteamericana: de los escenarios simbólicos (Little Big Horn, El Alamo, Pearl Harbor, o los indefensos universos domésticos de la Norteamérica de la Guerra Fría, entre otros), a la capacidad inagotable de renovación de los perfiles, nacionales o raciales, humanos o sobrehumanos, de la amenaza (el indio, el negro, el comunismo, el terrorista, la “amenaza invisible” o la naturaleza siniestra del cambio climático); o los procedimientos y actitudes de los contendientes en esta disputa gobernada siempre por un aliento épico y trascendente (la lucha en inferioridad, la resistencia heroica, el enemigo ladino y traicionero, a la vez que inepto en el combate etc.)¹². Los tres formantes del artefacto mítico (Slotkin, 1973: 8), héroe (la nación en su conjunto o sus agentes representativos), universo y narrativa, están presentes para la confirmación de un ideario y una simbología, esto es la plasmación de un imaginario, en la conciencia colectiva de la nación.

El cierre de la frontera interna no supone, no obstante, la resolución del conflicto identitario. Esta “misión” muta del modelo de salvación individual al de la redención comunitaria y nacional que, con la proclamación de la Nueva Frontera a cargo de J. F. Kennedy en 1960, se eleva al cosmos mismo del que proviene. Un último estadio se dirige a la propagación a escala mundial de unos mismos ideales de libertad, justicia y democracia que, en una segunda lectura, resultan por igual en la ampliación del imaginario del asedio al escenario de las naciones. Frente al aislacionismo inmovilista de la Doctrina Monroe (1823), los Estados Unidos irán respondiendo paulatinamente a ese sentido innato de la llamada a la acción en pos de la causa idealista con fondo trascendente. La decisión de tomar parte en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) prefigura la consolidación de la hegemonía norteamericana, y con ella se da la salida para la segunda fase de legitimación del imaginario del asedio plasmada en la proliferación en las sucesivas décadas de proyectos e instancias gubernamentales y administrativas que instituyen un imaginario en una cultura política y un sistema burocrático que lo convierten en cuestión de estado. Así la “National Security Act” de 1947 sintetiza la nueva realidad de la nación estadounidense en el

¹¹ La noción del arquetipo cultural en Slotkin puede relacionarse, igualmente, con el “carácter nómico u ordenador” de los universos simbólicos según Berger y Luckmann (1993: 127).

¹² Engelhardt (1997: 57-65).

concierto internacional, enfatizando la responsabilidad otorgada a la nación y la magnitud de las amenazas potenciales, a la vez que crece la conciencia sobre la necesidad de un control sobre la capacidad destructiva propia (Stevenson, 2008: 131). A esta medida, le siguen otras políticas contemporáneas y posteriores, desde la creación de la Oficina Central de Inteligencia (CIA) en el mismo 1947, a la “Strategic Defense Initiative” (1983) de Reagan (más conocida por su denominación popular de “guerra de las galaxias”) o la “Office of Homeland Security” y la “Patriot Act” durante el mandato de George W. Bush. Ello prueba que el discurso sobre la seguridad se erige en línea maestra tanto de las políticas domésticas como exteriores, y que las mismas catalizan en cualquier instante del tiempo las pulsiones de la identidad estadounidense en el doble nivel de su cuestionamiento interno y su reflejo para la posición de liderazgo mundial en un mundo globalizado de acuerdo a los criterios promovidos por la propia Estados Unidos.

3. 11-S: imaginario revisitado

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 actualizan dramáticamente las especificidades de la respuesta cultural norteamericana a lo que hemos dado en llamar imaginario social del asedio. De entre las interpretaciones al hecho traumático del 11-S, dos destacan por encima de las demás, aglutinando sendas tradiciones de pensamiento de signo ideológico contrario: una recurre de nuevo a la victimización como explicación última para el ataque, y la otra lo contextualiza en el marco de la acción exterior y el aventurismo imperialista de Estados Unidos en el mundo (Thornton y Thornton, 2003: 45). Ambas conceptualizaciones defienden criterios históricos, políticos y morales irreconciliables.

La significación del 11-S, su función de acontecimiento histórico y traumático pivotal para la cultura estadounidense, es glosada por la respuesta oficial del gobierno del neo-conservador George W. Bush como la culminación de una serie de discursos que, desde los años setenta del pasado siglo, condensan las tendencias psicológicas, sociales y políticas de parte de la población en respuesta a la agitación y a la violenta reevaluación sobre los fundamentos nacionales llevada a cabo en la década anterior. La casuística histórica de entonces, salpicada por la derrota en Vietnam, los escándalos políticos o la conflictividad social, favorece el remonte de una ideología conservadora que cristaliza en la consolidación de la Nueva Derecha estadounidense, con firmes raíces cristianas y afines a la ideología del Partido Republicano. Es la dinámica del backlash, o “contragolpe”, con que amplios sectores de población reaccionan contra las que son consideradas amenazas para los principios de identidad nacional y cultural en Estados Unidos¹³. Si es cierto que cada conflicto refleja a su vez una problemática

¹³ Aunque originalmente utilizado por la crítica cultural Susan Faludi para señalar las estrategias anti-feministas durante los ochenta en reacción a la obtención por parte de las mujeres de una mayor libertad en décadas anteriores, Deleyto (2003: 56,127) extiende el término *backlash* para caracterizar toda una serie de actitudes hacia el cambio desde la cultura oficial, especialmente durante el doble mandato de Ronald Reagan (1981-1989).

interna, la contestación estadounidense al desafío del 11-S “sublima” la herencia contenida en el imaginario del asedio. Como afirma Faludi:

El 11 de septiembre nos dio en la boca del estómago cultural precisamente porque era una idea <<inconcebible>> en un país que en otra época apenas pensaba en otra cosa. En realidad, no era un suceso tan inimaginable, dado que era la prueba de fuego característica que había formado América, la herida primitiva de la que no podíamos hablar, la espina de la memoria clavada en la garganta. Nuestros antepasados ya habían librado una guerra contra el terror, una guerra muy larga, y nosotros vivimos desde entonces con las cicatrices que dejó. (2009:258).

La cultura oficial propaga entonces una acción y una retórica políticas que actualizan en el contexto del siglo XXI el escenario simbólico de la Frontera y cuyo alcance es, dadas las nuevas circunstancias históricas y la evidencia de la hegemonía estadounidense, inevitablemente global. Así, el agente amenazador se reconfigura en la figura del terrorista (siguiendo la línea ya emprendida desde la caída del Telón de Acero), ahora caracterizado con los rasgos de un fundamentalismo islámico estereotipado (Renold, 2003; Merskin, 2004; Rey, 2004). Hay lugar también para la mención de esas otras amenazas que recogen ansiedades relacionadas con el desarrollo tecnológico e industrial y sus efectos contraproducentes, como las referencias a los peligros de la guerra química y bacteriológica (President George W. Bush¹⁴, 2003: 12-15; President George W. Bush¹⁵, 2006: 21-22) o a la acción devastadora de las catástrofes naturales (NSS, 2002: 19-20; NSS, 2006: 47-48) en lo que supone una completa taxonomía de la amenaza en cuatro categorías principales (NSS, 2006: 44): tradicional, irregular, catastrófica, y perjudicial o desestabilizadora. El paisaje mental creado por esta “sobreexposición” a la amenaza y la debilidad propia concibe la amenaza terrorista como una “condición permanente” (SHSN, 2003: 2-3), ensanchando de tal manera la cultura de la emboscada (Engelhardt, 1997: 65) a la escena internacional hasta convertirla en geografía de la angustia colectiva. Tal cartografía, heredada de antiguas y renovadas experiencias traumáticas, nos emplaza de nuevo en la abstracción deshumanizada y desnaturalizada de los escenarios de la inseguridad que, de la visión apocalíptica de las narrativas de cautiverio y del Day of Doom (1662) de Michael Wigglesworth (Slotkin, 1973: 99,103), pasa a ser el conjunto de coordenadas, de latitudes y puntos cardinales, de la visión estratégica y los intereses vitales y nacionales de Estados Unidos en el nuevo siglo (Soriano y Mora, 2006: 51-52).

La ideología neoconservadora reactualiza, por tanto, las figuraciones contenidas en el imaginario del asedio, y ensambla la respuesta al 11-S en la larga cadena de acciones con que la nación retroalimenta la doctrina del Destino Manifiesto. En refuerzo de este ideario, George W. Bush se erige en “presidente del bien y del mal”

¹⁴ Documento oficial “Securing the homeland, strengthening the nation” con las líneas maestras de acción para la Office of Homeland Security creada tras los atentados del 11-S. SHSN en sucesivas citas.

¹⁵ En adelante, nos referiremos a este documento de la Estrategia de Seguridad Nacional (National Security Strategy) y a su versión de 2002 como NSS.

(Singer, 2004), inundando su retórica y la del gobierno de tropos y lugares comunes de aliento místico, estableciendo una línea de continuidad para la tipificación de la amenaza en el seno de una misión teñida por la simbología del conflicto cósmico-trascendental. La caracterización de la comunidad sitiada muta siguiendo similares parámetros, de la “comunidad de santos” a la “coalición de los voluntariosos” (NSS, 2002: vi; NSS, 2006: 48), explicitando la transición de los escenarios de las reducidas comunidades puritanas de los inicios a la compleja red de alianzas sobre la que Estados Unidos sustenta su rol hegemónico mundial. La amenaza, ahora como entonces, forma parte de un “mundo invisible”, el entorno y la acción foráneas cuyos rasgos de adversario sirven para delimitar la propia identidad de la comunidad-nación. Esta amenaza encarna en los albores del nuevo siglo una letal mezcla de radicalismo y tecnología (NSS, 2002: 13), lo cual provoca que en la enésima materialización del imaginario del asedio concurren viejas pesadillas, de ahí la paranoia sobre las armas de destrucción masiva como reflejo de la mentalidad de la Guerra Fría. Aunque la postura oficial defiende lo contrario (NSS, 2002: 31), la teorización inherente a la actitud y respuesta al 11-S bebe también de las fuentes de la tradición de pensamiento neoliberal, con las doctrinas sobre “el fin de la historia” de Fukuyama (1992) y “el choque de civilizaciones” de Huntington (1997) a la cabeza (Kellner, 2003: 27-30). Las mismas dan impulso a la fe en la naturaleza intrínsecamente benigna del paternalismo estadounidense fijando los baluartes de su acción ejemplar en el mundo: el capitalismo de mercado y la incuestionable idoneidad de la democracia a la americana (Soriano y Mora, 2006: 20-25). La noción de que ambas representan principios morales ineludibles (NSS, 2002: 18) legitiman su propagación mundial por obra de la intervención exterior de Estados Unidos. La fuente para la erradicación de la conflictividad en las fronteras internas reside, bajo la interpretación neoconservadora, en atajar el peligro allí donde se manifieste, sin que el debate acerca de los medios resulte en una actitud de parálisis. Se sientan las bases para una nueva doctrina, la de la guerra preventiva (NSS, 2006: 18,22-23) y la “diplomacia transformativa” (NSS, 2006: 33,44-45) que ha de interpretarse como el derecho a promover el cambio de régimen (Soriano y Mora, 2006: 12-16) o, en la terminología de Joshua Muravchick (Soriano y Mora, 2006: 13), “exportar democracia”. Esta es la tesis defendida previamente por el demócrata Bill Clinton en su propuesta para el nuevo siglo americano y adoptada por los neoconservadores, el “shaping the world”, el modelado del mundo para ajustarlo a los intereses de Estados Unidos¹⁶. La visión contraria, la tesis del Blowback de Chalmers Johnson (Thornton y Thornton, 2003: 45-59), aquella que cuestiona los verdaderos motivos de la acción exterior norteamericana, y localiza en los mismos y en sus medios de cumplimiento el caldo de cultivo para la respuesta violenta en contra de sus intereses en el mundo, no es aceptada por la política oficial de la Norteamérica post-11-S; se opta, en su lugar, por la compensación de las fantasías heroicas y el

¹⁶ “El punto esencial de esta ideología de modelado de la mundialización en función de los intereses norteamericanos es la toma de conciencia de que, como el mundo no corresponde a las normas y a los criterios de los Estados Unidos, es necesario desplegar dispositivos mundiales y lanzar procesos hegemónicos adecuados, a escala de la sociedad internacional, para que esta se adapte al sistema norteamericano (y no a la inversa).” (Valantin, 2008: 76).

idealismo esencial que sirve al tiempo, ahora como entonces, para poner coto a la deriva social y a la disidencia interna (Slotkin, 1972: 155; Faludi, 2009).

A modo de conclusión

“Myth is essentially conservative, depending for its power on its ability to play on conscious and unconscious memory, to invoke and relate all the narratives (historical and personal) that we have inherited, and to reach back to the primal levels of individual and collective psychology.” (Slotkin, 1973: 14).

Es evidente que los atentados del 11-S lanzaron un desafío a la sociedad estadounidense: replantearse el sentido de su supuesta misión histórica o acogerse sin complejos a las figuraciones paliativas y al ardor épico del mito. En mitad de la histeria subsiguiente al evento traumático, la política oficial, espejo del sentir de parte de la población, se decantó ciegamente por el viejo recurso a la inocencia primitiva de la nación norteamericana y su indefensión patente (la América cautiva), a su excepcionalismo histórico y al justo derecho al unilateralismo de sus respuestas, entre ellas el uso de la justicia retributiva (McCarthy, 2003). Este ensimismamiento, la incapacidad de confrontar el temor primordial bajo una nueva luz, redundó en una política que no duda en recurrir al llamamiento a la movilización civil (SHSN, 2003: 24), resultando en el incremento inusitado de la polaridad política (reflejada en el particular sesgo de la campaña a las elecciones presidenciales de 2004), y la turbulencia en las entrañas de la nación en cuanto construcción imaginaria. En contraste con la respuesta de otras naciones azotadas en fechas recientes por el terrorismo internacional, asistimos en el caso de Estados Unidos a la inexorable recurrencia del imaginario del asedio que propicia esa reconversión del espacio geopolítico globalizado de acuerdo a los parámetros de la Frontera. Y es así como este imaginario del asedio reafirma su potencial para sintetizar la experiencia norteamericana en una estructura, una cadena de eventos predecibles, una secuencia traumática renuente a cualquier cierre satisfactorio.

Referencias bibliográficas

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1ª ed. en español de la 2ª ed. en inglés). México: Fondo de Cultura Económica.
- Atwood, M. (1972). *Survival: A thematic guide to Canadian literature*. Toronto: Anansi.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1993). *La construcción social de la realidad* (undécima reimpresión). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Primera edición en castellano, 1968).

- Bradbury, M. y Temperley, H. (Eds.). (1995). [Introduction]. En *Introduction to American studies* (pp. 1-30). New York: Longman.
- Carretero Pasín, A. (2001). *Imaginarios sociales y crítica ideológica. Una perspectiva para la legitimación del orden social.* (Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Políticas, Universidad de Santiago de Compostela). Recuperado de <http://www.cervantesvirtual.com/obra/imaginarios-sociales-y-critica-ideologica--0/>
- Castoriadis, C. (1999). *Figuras de lo pensable.* Valencia: Universitat de Valencia.
- Collins, J. y Glover, R. (Eds.). (2003). *Lenguaje colateral: claves para justificar una guerra.* Madrid: Páginas de Espuma.
- Crasnow, E. y Haffenden, P. (1995). *New Founde Land.* En M. Bradbury y H. Temperley (Eds.), *Introduction to American studies* (pp. 31-56). New York: Longman.
- Deleyto, C. (2003). *Ángeles y demonios: representación e ideología en el cine contemporáneo de Hollywood.* Barcelona: Paidós.
- Engelhardt, T. (1997). *El fin de la cultura de la victoria: Estados Unidos, la guerra fría y el desencanto de una generación.* Barcelona: Paidós.
- Faludi, S. (2009). *La pesadilla terrorista: Miedo y fantasía en Estados Unidos después del 11- S.* Barcelona: Anagrama.
- Fernández- Santos, A. (2007). *Más allá del Oeste.* Barcelona: Debate. (Obra original publicada en 1988)
- Frye, N. (1971). *The bush garden: Essays on the Canadian imagination.* Toronto: Anansi.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre.* Barcelona: Planeta.
- Huici, A. (2004). *Del Lejano Oeste a Oriente Próximo: Western, ideología y propaganda.* En A. Huici (Coord.), *Los heraldos de acero: La propaganda de guerra y sus medios* (pp. 40-64). Sevilla: Comunicación social.
- (2007). *De Billy el Niño al joven Bush: mito, ideología y propaganda.* En J. A. Baca y A. Galindo (Eds.), *Pensar la imagen: La imagen persuasiva* (pp. 108-145). Almería: Diputación de Almería.
- Huntington, S. P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial.* Barcelona: Paidós.
- Kellner, D. (2003). *From 9/11 to Terror War: The dangers of the Bush legacy.* Lanham, MD-Boulder, CO-New York-Oxford: Rowman & Littlefield.

- McCarthy, E. (2003). Justicia. En J. Collins y R. Glover (Eds.), *Lenguaje colateral: claves para justificar una guerra* (pp. 135-150). Madrid: Páginas de Espuma.
- Marco, J. M. (2007). *La nueva revolución americana: Por qué la derecha crece en Estados Unidos y por qué los europeos no lo entienden*. Madrid: Ciudadela.
- Marx, L. (2000). *The machine in the garden: Technology and the pastoral ideal in America*. Oxford: Oxford University Press. (Obra original publicada en 1964)
- Merskin, D. (2004): The Construction of Arabs as enemies: Post-September 11 discourse of George W. Bush. *Mass Communication & Society*, 7 (2), 157-175.
- Nash Smith, H. (1976). *Virgin Land: The American West as symbol and myth* (6ª ed.). Cambridge, MA-London: Harvard University Press.
- President George W. Bush. (2002). *National security strategy*. Washington, DC: national Security Council, The White House. Recuperado de <http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/nsc/nss/2002/>
- (2003). *Securing the homeland, strengthening the nation*. Washington, DC: Office of Homeland Security. Recuperado de http://www.dhs.gov/xabout/history/publication_0013.shtm
- (2006). *National security strategy*. Washington, DC: national Security Council, The White House. Recuperado de <http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/nsc/nss/2006/>
- Renold, L. (2003). Fundamentalismo. En J. Collins y R. Glover (Eds.), *Lenguaje colateral: claves para justificar una guerra* (pp. 93-110). Madrid: Páginas de Espuma.
- Rey, J. (2004). De nuevos y viejos arquetipos: La imagen el musulmán después del 11 de septiembre. En A. Huici (Coord.), *Los heraldos de acero: La propaganda de guerra y sus medios* (pp. 84-97). Sevilla: Comunicación social.
- Selva, M. y Solà, A. (2004). El imaginario. Invención y convención. En E. Ardèvol y N. Muntañola (Coords.), *Representación y cultura audiovisual en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Editorial UOC.
- Singer, P. (2004). *El presidente del Bien y del Mal: Las contradicciones éticas de George W. Bush*. Barcelona: Tusquets.
- Slotkin, R. (1973). *Regeneration through violence: The mythology of the American frontier, 1600-1860*. Middleton, Connecticut: Wesleyan University Press.
- Soriano, R. y Mora, J. J. (2006). *Los neoconservadores y la doctrina Bush: Diccionario ideológico crítico*. Sevilla: Aconcagua libros.

- Stevenson, C. (2008). Underlying assumptions of the National Security Act of 1947. *Joint Force Quarterly (JFQ)*, 48, 129-133.
- Sztompka, P. (2000). Cultural trauma: The other face of social change. *European Journal of Social Theory*, 3(4), 449-466.
- Thornton, P. M. y Thornton, T. F. (2003). Blowback. En J. Collins y R. Glover (Eds.), *Lenguaje colateral: claves para justificar una guerra* (pp. 45-59). Madrid: Páginas de Espuma.
- Valantin, J. M. (2008). *Hollywood, el Pentágono y Washington: Los tres actores de una estrategia global*. Barcelona: Laertes.
- Weber, M. (1998). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (16ª ed.). Barcelona: Península. (Obra original publicada en 1901)

Datos del autor

Samuel Neftalí Fernández Pichel es licenciado en Filología Inglesa por la Universidad de Sevilla, con Máster en Escritura para Cine y Televisión (Universidad Autónoma de Barcelona), y en Enseñanza de Español como Lengua Extranjera (Universidad Nebrija). En la actualidad, compagina la elaboración de su tesis doctoral en Comunicación Audiovisual sobre los imaginarios sociales en el cine estadounidense del período Bush (2001-2009), con la tarea de profesor de historia del cine español y de lengua española en el Centro Universitario Internacional de la Universidad Pablo de Olavide, y en CEA Global Campus Sevilla. Miembro de la Asociación española de estudios anglo-norteamericanos, AEDEAN.

Historia editorial

Recibido: 20/06/2012

Primera revisión: 30/06/2012

Aceptado: 10/07/2012